

Política en zona nacionalista: la configuración de un régimen

Ismael Saz

Universitat de Valencia

Hay pocas ideas más asentadas en el imaginario de los españoles que la de que el fracaso de la Segunda República fue la causa fundamental de la guerra civil y, en cierto modo y a través de ella, también del franquismo. Aunque no se trata de discutir aquí lo infundado de tal suposición, parece necesario constatar que la comprensión de lo que fue y supuso la guerra civil y el propio franquismo queda seriamente comprometida si no se tienen en cuenta al menos tres claves fundamentales. En primer lugar, que lo cierto es que la guerra civil fue propiciada por un golpe de Estado apoyado por la práctica totalidad de las fuerzas de la derecha española de la época. En segundo lugar, ese asalto a la democracia española era similar en sus líneas de fondo al que acometió en toda Europa la derecha antiliberal; no en vano las referencias más asumidas respecto del período de entreguerras son la de «crisis de la democracia» y «guerra civil europea». Por último, la especificidad española consiste, entre otras cosas, en que de la larga lista de las democracias europeas que cayeron a lo largo de los años treinta, la española fue la única que «resistió» tres años.

Naturalmente, no se trata de dotar de ningún contenido de ejemplaridad a la democracia española, a la Segunda República, ni de ignorar las tensiones, los problemas, los errores o, incluso, el escaso respeto por las reglas democráticas de muchos de los apoyos de la República. Sin embargo, y dado esto por supuesto, hay dos cuestiones que pueden inferirse de cuanto llevamos dicho que resultan

básicas para la comprensión de lo que fue la vida política en la zona sublevada y la configuración del régimen franquista. Ante todo, el fracaso de la República fue, cuanto menos, relativo y, segundo, visto el problema en toda su complejidad, el golpe de Estado y la guerra civil fueron las consecuencias directas del fracaso político de la derecha española en su asalto a la democracia: las fuerzas derechistas no consiguieron acabar con la experiencia republicana ni por la vía electoral de una CEDA que veía un buen ejemplo en el caso austriaco, ni por la vía de la conspiración reiteradamente intentada por monárquicos alfonsinos y tradicionalistas, ni por la vía del ascenso irresistible de un partido fascista de masas.

Todos estos fenómenos tenían mucho que ver también con la fortaleza de una tradición liberal reiteradamente manifestada en el período de entreguerras: en los límites y autolimitaciones del primer asalto a la misma con la dictadura de Primo de Rivera; en la postura vigilante del primer presidente de la República, el denostado por casi todos Alcalá Zamora; en el indudable peso a lo largo de toda la experiencia de las fuerzas estrictamente republicanas. En el hecho, en fin, de que ni siquiera en julio de 1936 los militares que se sublevaron contra la República se atreviesen, en los primeros momentos, a desafiarla abiertamente en sus manifiestos iniciales.

Llamar la atención acerca de todo esto es absolutamente necesario desde, al menos, dos puntos de vista fundamentales y profundamente interrelacionados. En primer lugar, para evitar conceder al franquismo el beneficio de su propia brutalidad: si se da por descontada una supuesta debilidad de la España liberal y laica, la obra de destrucción de la misma llevada a cabo por el régimen quedaría necesariamente desdibujada. En segundo lugar, y viceversa, la fortaleza de la tradición liberal explica el enorme, brutal y radical esfuerzo que los enemigos de la República hubieron de llevar a cabo para arrancarla de cuajo. No de otra forma se puede entender la obsesión de los vencedores en la persecución no ya de socialistas, anarquistas y comunistas, sino de masones, librepensadores, maestros... todo aquello que recordaba a los insurgentes la existencia de aquella tradición liberal.

En cierto modo, éste es el punto de partida que hay que retener a la hora de abordar el problema de la evolución política de la zona nacionalista. Cualesquiera que fueran los proyectos políticos de los distintos sectores que se identificaron con los sublevados, el consenso mínimo que pronto se alcanzó entre ellos fue precisamente ése: la

destrucción hasta sus raíces de la tradición liberal. Y aquí el éxito, como sabemos, sería total. Al fracaso de la derecha política durante la Segunda República siguió, con la guerra y la victoria, el mayor de los logros. Una cosa llevaba a la otra. La represión y la voluntad de destrucción eran uno de los corolarios de todo esto, la condición *sine qua non* para todo lo demás. Sólo sobre este sustrato de destrucción, de tierra quemada, tenían sentido los distintos proyectos de construcción de un orden distinto. A este último problema está dedicado este trabajo.

La guerra que 10 cambió todo

En cierto modo, el último fracaso de la derecha antidemocrática española lo constituyó el semi-fracaso del golpe de Estado; del mismo modo que este hecho vino a constituir algo así como el último semi-éxito de la República, aunque sólo fuera porque partes en absoluto irrelevantes de las fuerzas armadas y de orden público permanecieron fieles al gobierno legal. En cualquier caso, esta combinación de semi-fracasos y semi-éxitos es lo que condujo a una guerra civil que, en ambas partes, iba a cambiar radicalmente el escenario. Y no es ocioso subrayar una vez más los paralelismos que se dieron en ambos bandos en función precisamente de lo que se convirtió en seguida en una guerra civil en el sentido más amplio de la expresión, incluyendo también, por tanto, el de guerra de civiles, guerra de masas.

En efecto, si es posible pensar que una victoria aplastante e inmediata del gobierno republicano habría dejado más o menos intactos los aparatos del Estado e impedido el proceso revolucionario que se desencadenó ulteriormente, no lo es menos colegir que en el planteamiento de los insurgentes se dibujaba un escenario por completo distinto del que se produciría en seguida. Tal y como dejaban claro las primeras disposiciones de la Junta de Defensa Nacional, se trataba de imponer una especie de dictadura, inspirada en lo fundamental en la de Primo de Rivera, no muy radical en sus objetivos y basada en la desmovilización represiva de las clases populares. La Junta, de hecho, no sólo prohibió todos los partidos y organizaciones republicanas, sino también toda actividad política en su zona. Y no hay duda que si algo no fue obedecido fue este extremo.

La guerra se había convertido así en «popular» en las dos zonas y eso implicaba una pérdida del control total sobre la situación política

de las autoridades de ambos bandos. La revolución y las milicias en la zona republicana tuvieron como contrapartida la movilización de amplios sectores de la sociedad y las milicias en la nacionalista. Se podían prohibir las actividades políticas, pero la presencia de dos grandes partidos de masas, tradicionalistas y falangistas, con sus propias milicias se convirtió muy pronto en una realidad incuestionable.

Los paralelismos eran también apreciables en lo que respecta al Estado. En zona republicana la desaparición de hecho del Estado hizo de su reconstrucción una de las tareas más necesarias y dificultosas. En la zona sublevada se trataba de construir *ex novo* un Estado que fuera más allá de aquel Estado campamental que hallara a su llegada a la zona nacionalista Serrano Suñer¹.

La combinación entre la ausencia de un Estado digno de tal nombre y la existencia de una movilización civil protagonizada por diversas organizaciones dio lugar también en ambos bandos a una situación de *doble poder* que, en cierto modo, condicionaría la vida política de las dos zonas. Aunque de nuevo hay que insistir en la importancia de la guerra y sus avatares en dicha evolución. La militarización de las milicias nacionalistas tuvo su equivalente en la zona republicana, y no parece exagerado afirmar que el fracaso definitivo de las ofensivas sobre Madrid, con la batalla de Guadalajara, situó a ambos bandos ante la realidad de una guerra larga en la que las cuentas internas debían ser definitivamente ajustadas: los sucesos de Salamanca, con la unificación política de las fuerzas nacionalistas, tendrían su correlato en los sucesos de Barcelona del mes siguiente.

Por supuesto, las diferencias en el marco de estos paralelismos son esenciales. El dilema guerra-revolución era más acuciante en zona republicana, aunque sólo fuera porque allí había auténticos revolucionarios. Pero no debe desconocerse que en la zona nacionalista se había producido el hecho crucial de que por primera vez había aparecido en España un partido fascista de masas que, revolucionario o no, aspiraba a la conquista total del poder.

Las fuerzas políticas

Dadas estas premisas, no es difícil constatar la importancia decisiva que el inicio de la guerra tuvo en lo relativo a la correlación de

¹ SERRANO SUNER, R.: *Entre Hendaya y Gibraltar*, Barcelona, Nauta, 1973, pp. 44-57.

fuerzas en el seno de la España nacionalista. La CEDA era un partido de masas, católico-populista, especialmente dotado para la lucha electoral y para la destrucción, en su caso, de la democracia republicana, pero no era un partido para la guerra civil. Consecuentemente, desaparecería de hecho, condenado Gil Robles a la impopularidad, por el propio fracaso de su política (*posibilista*) con algunos millares de seguidores de la JAP agrupados en su milicia y buscando otros tantos acomodo en las filas falangistas o tradicionalistas.

Radicalmente distinta era la situación de los monárquicos alfonsinos, de los hombres de Acción Española y Renovación Española.² Éstos no habían configurado en ningún momento, ni lo harían ahora, organizaciones de masas. A diferencia de la CEDA, sin embargo, estaban en condiciones de reivindicar su estrategia de enfrentamiento abierto y radical con la Segunda República. Habían estado en todas las conspiraciones anti-republicanas y definido un cuerpo de doctrina coherente como alternativa. Habían apostado siempre por las elites económicas y sociales, militares y eclesiásticas, por el golpe de Estado y la guerra civil. Todo esto les situaba en condiciones inmejorables en los inicios de la guerra. La conversión de dicha guerra en una guerra larga y de masas operaría, sin embargo, en su contra.

Esa dinámica, precisamente, es la que favorecería extraordinariamente a falangistas y tradicionalistas. Como únicas organizaciones con voluntad de masas que habían apostado siempre por la destrucción violenta de la democracia, estaban en mejores condiciones para incorporar a los civiles deseosos de movilizarse. Para los tradicionalistas, especialmente allí donde tenían sus bastiones clásicos, en Navarra y Alava, la guerra era una nueva guerra carlista que alcanzó desde el primer momento un carácter casi espontáneo y «movimental»³. Diversos factores actuaban, sin embargo, en detrimento de los tradicionalistas. Aunque se convirtieron en seguida en el segundo partido de masas, con su correspondiente «milicia» (el requeté), dicha característica estaba en cierto modo circunscrita a sus espacios

² Véase, para todo lo relativo a estos sectores, GONZÁLEZ CUEVAS, P. C.: *Acción Española. Teología política y nacionalismo autoritario en España* (1913-19376), Madrid, Tecnos, 1998; del mismo: *Historia de las derechas españolas. De la Ilustración a nuestros días*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000. También GIL PECHARROVIÁN, J.: *Conservadores subversivos. La derecha autoritaria alfonsina 0913-1936*, Madrid, Eudema, 1994.

³ UCARTE TELLERÍA, J.: *La nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y El País Vasco*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998.

históricos en el país vasco-navarro. Estaban, pues, geográficamente limitados.

Por otra parte, el tradicionalismo estaba dividido; podría añadirse que trágicamente dividido. Aunque la nueva guerra podía tener algo, en su propia cosmovisión, de «guerra carlista», muchas cosas habían cambiado desde la última de ellas. La Comunión pudo seguir funcionando como el viejo bastión antiliberal de referencia que había sido siempre, y esto la reforzó extraordinariamente a lo largo de la experiencia republicana. Pero, ahora, no era ya el único referente. No tanto ya y no sólo por la presencia rival de los fascistas de FE de las JONS, sino también por la existencia de un foco de atracción, igualmente antiliberal pero mucho más moderno e ideológicamente cohesionado, cual era el de los monárquicos alfonsinos, aglutinados desde este punto de vista en torno a Acción Española. Y ello hasta el punto de que algunos de los más destacados pensadores del tradicionalismo, como Víctor Pradera, habían inscrito sus propias reflexiones en dicho marco. Era, además, la misma línea de colaboración que asumiría, entre otros, el conde de Rodezno, personaje de extraordinaria influencia en el carlismo navarro.

El tradicionalismo se vería abocado así a un dilema de difícil solución. Allá donde estaban sus bases populares, «movimentales», el control era ejercido por los sectores más identificados con el *establishment*) y éstos eran especialmente proclives al entendimiento con los «otros» monárquicos, al posibilismo de la victoria ante todo y a una deriva autoritaria que concedía un protagonismo decisivo, más o menos transitorio, a los militares en general y, pronto, a Franco en particular⁴. La base carlista, personificada en su secretario general, Fal Conde, y también en el regente, era, por el contrario, más *esencialista* en la defensa de los principios «clásicos» del tradicionalismo, así como en la de las aspiraciones al trono; pero, por así decirlo, no ejercían el control directo del que era el bastión fundamental del tradicionalismo, Navarra. Parece fuera de duda, en fin, que el férreo y visceral antiliberalismo de las bases carlistas jugó a favor de los posibilistas: lo primero era destruir la República y nada debía interponerse a ese esfuerzo. En este sentido, pues, la pasión antiliberal de las bases carlistas vino a ser un apoyo de los posibilistas.

⁴ *Ibidem*. Véase también VILLANUEVA, A.: *El carlismo navarro durante el primer franquismo*, Madrid, Actas, 1998.

La situación de los falangistas era en parte similar y en parte diferente. Tenían muchas cosas a favor en la nueva situación. Al revés de cuanto con frecuencia se piensa y escribe, no fue la guerra civil la que bloqueó su ascenso, sino la que lo hizo posible. Fracasado el fascismo durante la Segunda República, podía beneficiarse ahora del prestigio que le daba su abierta apuesta por la vía violenta para la destrucción de la democracia española, así como de la aureola de sus mártires y caídos en los últimos años. Su mística de la violencia, del heroísmo y de la muerte era especialmente adecuada para unas condiciones de guerra. Frente a la imagen «retrógrada» de los tradicionalistas podían presentarse como más modernos y actuales. Prometían además una nueva revolución, nacional y social, que introducía elementos positivos, y no sólo destructivos, en la lucha a muerte que se libraba. Pudieron funcionar como receptáculo para aquellos sectores de la España laica, especialmente las clases medias de las ciudades, cuyo antiliberalismo y anticomunismo no les hacía identificarse con la vieja España clerical y «mojigata». Sus promesas de revolución social y de integración de los viejos revolucionarios en una revolución «mejor», unidas a la voluntad de eludir la represión, pudieron favorecer la incorporación de antiguos izquierdistas⁵. A diferencia de los tradicionalistas, en fin, tenían una presencia más homogénea a través de todo el territorio español. Eran, o pretendían serlo, como buen partido fascista, un partido más popular y nacional, en el sentido de atravesar todas las fracturas, sociales, regionales e incluso religiosas y políticas de la sociedad. Por todas estas razones, FE de las JÚNS se convirtió en la principal fuerza de masas de la España nacionalista, y un punto de referencia ineludible para todos los demás.

Sin embargo, los problemas falangistas no eran menores. La situación de partida pesaría para siempre. Habían fracasado durante la República e iban a convertirse en una fuerza poderosa e imprescindible justo en el momento en que la fuerza mayor y el protagonismo decisivo correspondían a un ejército respecto del cual deberían aparecer, transitoriamente al menos, como subordinados. Por otra parte, el partido quedó inmediatamente descabezado. Prisionero José Antonio Primo de Rivera en Alicante hasta su fusilamiento en noviembre de 1936,

⁵ Sobre esta cuestión RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, J. L.: *Historia de Falange Española de las FONS*, Madrid, Alianza, 2000, pp. 268-283, Y THOMÁS, J. M.: *Lo que fue la Falange*, Barcelona, Plaza y Janés, 1999, pp. 94-95.

caídos muy pronto Onésimo Redondo y el ya no falangista pero punto de referencia indiscutible Ramiro Ledesma, la Falange aparecía sin líderes, guías e ideólogos indiscutibles. Esto, junto con las mismas imposiciones de la guerra con la fragmentación de las zonas bélicas, propició la aparición de dinámicas cantonalistas según las cuales los líderes de algunas zonas se erigían en dueños y señores de sus propias huestes ⁶.

A todo esto se intentó poner remedio con la constitución el 2 de septiembre de 1936 de una Junta de Mando provisional y un jefe, no menos provisional, de la misma, Manuel Hedilla. Pero esto no dejaba de complicar las cosas. De modo que no tardaron en configurarse dos tendencias, la que se aglutinaba en torno a Hedilla y la de los «legitimistas» agrupados en torno a la figura de Pilar Primo de Rivera, la hermana del fundador ⁷.

Los elementos de confusión iban, sin embargo, más allá en varios sentidos. En primer lugar, el mismo proceso de crecimiento por aluvión hizo que entre los nuevos afiliados del partido hubiera muchos cuyas convicciones fascistas eran más que relativas. Deseosos de luchar contra la República, contra el liberalismo, el marxismo y el separatismo, gran parte de estas masas falangistas no tenían más horizonte que el de la victoria en estos campos y no eran especialmente celosas acerca de las promesas revolucionarias o aspiraciones al poder total del partido. Por ende, eran tan susceptibles, como muchos de los tradicionalistas antes mencionados, de apoyar cualquier política posibilista y «entregarse» al poder más sólido de los emergentes, Franco.

En segundo lugar, y desde el punto de vista ideológico, se produjo un giro que venía a complicar extraordinariamente la situación. Por una parte, se subrayaría hasta la saciedad el carácter revolucionario del partido, su identidad con los otros partidos totalitarios, como el alemán y el italiano, su aspiración al poder total. Pero, por otra, el sesgo católico, de «cruzada», que pronto adquirió la guerra, les forzó, más de grado que por fuerza, ciertamente, a asumir un discurso absolutamente católico que tendía a difuminar las diferencias con otras fuerzas y planteamientos de la derecha. La presencia de una «tercera Falange» aglutinada en torno a la figura del «cura azul», Fermín Yzardiaga, con una gran capacidad de elaboración propa-

⁶ TUSELL, J.: *Franco en la guerra civil. Una biografía política*, Barcelona, Tusquets, 1992, pp. 91-95.

⁷ THOUVENIÉ, M.: *Lo que fue la Falange, op. cit.*, pp. 166 Yss.

gandística e ideológica, constituía la mejor plasmación de los giros experimentados⁸. A través de *Arriba España* de Pamplona, el «primer diario de Falange», y de diversas revistas entre las que destacaba *Jerarquía*) este conglomerado de prometedor futuro fue capaz de unir las proclamas revolucionarias en los planos social y fascista con la presencia de elementos personales e ideológicos de claro signo conservador. La destacada influencia de Eugenio d'Ors, la de un Giménez Caballero que había evolucionado tiempo atrás hacia posiciones más reaccionarias, o la emergencia de algunos intelectuales de antecedentes católicos aunque cada vez más fascistas, como Pedro Laín Entralgo, ponían de manifiesto la importancia de los cambios y la magnitud de las crecientes contradicciones: el discurso oficial de Falange se estaba haciendo, a la vez, más revolucionario, más católico y más fascista.

La situación que se había delineado en los primeros meses en la zona nacionalista, desde el punto de vista de las fuerzas políticas y corrientes ideológicas, era, en resumen, terriblemente compleja. Dos grandes fuerzas de masas minadas por tendencias divergentes, con la mayor de ellas, Falange, que no ocultaba su apuesta por el poder total. Dos fuerzas por las que tendría que pasar necesariamente la política en la zona nacionalista. Pero con un cuadro ideológico relativamente diferente. Ya que si los tradicionalistas constituían la principal fuerza de masas de carácter no fascista, ideológicamente el gran referente era Acción Española, la única que había sido capaz de elaborar un cuerpo de ideología moderno, pero reaccionario, profundamente contrarrevolucionario, que apostaba por la dictadura, la monarquía y la Iglesia, por un esquema nacional-católico en suma, al que había acertado a sumar algunos trazos fascistas. En parte porque era el fascismo, el italiano en especial, el que ofrecía un modelo de Estado actual del que se podía partir y en parte para utilizar, aunque fuera desnaturalizándolo, el prestigio que el fascismo había adquirido entre amplísimos sectores de la población.

De modo que sí, por un lado, había dos grandes fuerzas organizadas, falangistas y tradicionalistas, por otro, existían dos grandes proyectos ideológicos, el fascista de FE de las JONS y el nacio-

⁸ Véase al respecto ANDRÉS-GALLEGO, J.: *¿Fascismo o Estado católico? Ideología, religión y censura en la España de Franco, 1937-1941* Madrid, Ediciones Encuentro, 1997; también SAZ CAMPOS, I.: *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, cap. 3, Madrid, Marcial Pons, 2003.

nal-católico fascistizado de Acción Española. Los primeros contaban con una fuerza de masas extraordinaria y su carácter de partidomilicia; los segundos con su cercanía, presencia o influencia en algunos medios decisivos: el ejército, la Iglesia, los medios de negocios y la alta burocracia. De todos el ejército y la Iglesia eran, como se sabe, los más poderosos.

Católicos, hombres de negocios y burócratas

A pesar de que la cuestión religiosa había sido una de las que más habían lastrado la experiencia republicana, no puede decirse que los protagonistas del golpe de Estado concedieran inicialmente gran relevancia a dicho problema. De hecho en las primeras proclamas de los sublevados el problema religioso estaba prácticamente ausente. Algunos de los sublevados, como el presidente de la Junta de Defensa, general Cabanellas, eran masones. En el programa pergeñado por Mola antes del alzamiento se mantenía el principio de la separación de la Iglesia y el Estado. Parecería, en suma, que los militares sublevados no quisieran desafiar abiertamente a la España laica o, al menos, que desearan evitar que dicho problema pudiera constituir un elemento de división entre sus potenciales apoyos sociales.

Naturalmente, ello no quiere decir que las fracturas producidas en torno a la cuestión religiosa a lo largo de la experiencia republicana no contribuyeran a determinar el apoyo entusiasta a la sublevación de amplios sectores católicos⁹. Católico había sido el principal partido de la derecha española, la CEDA. Católicos hasta el fanatismo lo eran los carlistas. Y la alianza del trono y el altar constituía la médula de Acción Española. El mismo cardenal primado, Gomá, estaba muy relacionado con ese mundo ideológico y cultural y la mayoría de la jerarquía con muy pocas excepciones mostraría en seguida su apoyo a la sublevación. No en vano la práctica totalidad de los partidos y movimientos de orientación católica reseñados asumía planteamientos antiliberales y antiparlamentarios, y en esto se podía suponer que la coincidencia con los militares era plena.

⁹ Véase especialmente RAGUER, H.: *La pólvora y el incienso: la Iglesia y la Guerra Civil Española* (1936-1939), Barcelona, Península, 2001; también CASANOVA, J.: *La Iglesia de Franco*, Madrid, Temas de Hoy, 2001.

Puede decirse, sin embargo, que fueron los apoyos que encontraron los sublevados en estos medios y la feroz persecución anticlerical que se desató en la zona republicana los que contribuyeron a dar al conflicto una dimensión religiosa que los sublevados no habían previsto inicialmente. En cierto modo éste sería uno de los cambios sustanciales que introduciría el conflicto. La España de los vencedores iba a resultar mucho más católica y clerical de cuanto inicialmente se podría haber esperado. Con la legitimación de la guerra como cruzada, los sublevados encontraron una vía de aceptación de la que ya no podrían prescindir en lo sucesivo. Alternativamente, la Iglesia iba a adquirir una presencia pública que, conviene subrayarlo, no había tenido en ningún otro momento de la España contemporánea ¹⁰. De hecho se iba a convertir, y por mucho tiempo, en uno de los pilares esenciales del régimen: un componente imprescindible del compromiso autoritario que se iba delineando.

Conviene precisar, en cualquier caso, que el carácter religioso adquirido por el conflicto iba a resultar extraordinariamente beneficioso para los monárquicos de Acción Española. Con el desprestigio de la CEDA y lo que podría denominarse el «catolicismo oficial», el nacionalcatolicismo del nuevo régimen iba a encontrar sus mejores apoyos y teorizaciones, al menos hasta 1945, en los aludidos medios monárquicos.

Si la Iglesia era uno de los referentes esenciales del pensamiento reaccionario de Acción Española, no menor era su apelación a las elites sociales y económicas. No se puede decir, desde luego, que los medios de negocios estuvieran directamente comprometidos en la sublevación o que algunos de los partidos «burgueses» como la Lliga Catalana mostraran inicialmente gran entusiasmo por la misma. Una vez más, sin embargo, tal alineamiento se produjo, en parte, por la proximidad de distintos sectores de los poderes económicos con el mundo ideológico de los sublevados y, en parte, por la dinámica de la revolución social y violencia de clase que se desató en la zona republicana en respuesta al golpe de Estado. Típico de lo segundo es la actitud de la Lliga, muchos de cuyos hombres terminaron por desempeñar un papel esencial en el terreno de la propaganda exterior de los sublevados, en el seno de los servicios de información y, también, en el de la mediación económica con importantes empresas

¹⁰ PAYNE, S. G.: *El régimen de Franco*, Madrid, Alianza, 1987, pp. 374-380.

extranjeras ¹¹. En lo relativo a lo primero hay que constatar de nuevo que los hombres de Acción Española y los monárquicos alfonsinos en general se convirtieron en el gran referente. Discriminados como protagonistas activos en la España nacionalista, los regionalistas catalanes se refugiaron en el apoyo e intermediación de aquéllos. Destacados alfonsinos, especialmente los vascos, formaban parte o estaban en excelentes relaciones con los grandes grupos industriales y financieros bilbaínos y, de entre los carlistas, los más identificados con los poderes económicos eran precisamente aquellos más próximos a los medios de Acción Española ¹².

Algo similar sucedía con los profesionales, técnicos y burócratas que apoyaron a la España sublevada. También ellos formaban parte de las elites cortejadas por Acción Española. De modo que cuando los militares alzados hubieron de buscar la colaboración del elemento civil, fueron a dar en la mayoría de los casos con hombres próximos a estos medios ¹³. Y conviene precisar, por otra parte, que ello constituía el germen de una burocracia técnica y supuestamente despolitizada que se iba a convertir en uno de los pilares decisivos del régimen a lo largo de toda su existencia. Supuestamente despolitizada porque su cosmovisión, próxima como decimos a la de Acción Española' enlazaba con los supuestos de esta última en la dirección de potenciar la administración frente al *partido* y el gobierno frente a la *política*, lo que estaba en sintonía también, como veremos, con la mentalidad de los militares. En cierto modo ésa sería, aunque no sólo ella, la línea de continuidad con los futuros burócratas del *Opus Dei*.

Generalísimo y jefe del Estado: los militares y Franco

Los grandes protagonistas y detentadores de poder en la zona sublevada eran los militares. No puede decirse, sin embargo, que tuvieran un programa de gobierno mínimamente decidido, ni desde luego pensaban en que éste pudiera ir configurándose en el marco

¹¹ RIQUER I PERMANYER, B. de: *L'últim Cambó. La dreta catalanista davant la Guerra Civil i elfranquisme*, Vic, Eumo, 1996.

¹² Cfr. ORELLA, J. L.: *La formación del Estado nacional durante la Guerra Civil española*, Madrid, Actas, 2001.

¹³ *Ibidem*, p. 85.

de una larga guerra civil. Un directorio provisional dirigido por Sanjurjo y algo parecido a un «Estado fuerte organizado» que no cuestionase la separación de la Iglesia del Estado, ni siquiera necesariamente la forma republicana de gobierno, ni sus símbolos, es todo lo que parecía llevar en la cabeza el «director» de la conspiración, el general Mola. El modelo de referencia podía ser la dictadura de Primo de Rivera y poco estaba previsto en torno a la transitoriedad de la nueva situación política. Entre los sublevados había monárquicos y republicanos. Franco concluyó su primer manifiesto con el lema, eso sí trastocado, de la revolución francesa: fraternidad, libertad e igualdad. En suma, parece claro que los militares sublevados estaban lejos de pensar que con su acción iban a desencadenar la más radical y decisiva destrucción de la España liberal.

La muerte del general Sanjurjo, el 20 de julio, trastocó mucho de los planes y pronto hubo de constituirse una Junta de Defensa, presidida por Cabanellas, en la que figuraban los principales militares alzados y con un fuerte y creciente protagonismo de Franco, Queipo de Llano, además, por supuesto, de Mola. Con todo, la Junta partía de una falta de confianza en los políticos y civiles, como lo manifiesta la ya aludida, y desobedecida, disposición que prohibía toda actividad política partidaria. Una prohibición que, con todo, anunciaba lo que iban a ser las grandes líneas de fuerza de la evolución de la zona nacionalista: un gobierno «sin política», con los militares como elemento decisivo, y una política, de masas o no, protagonizada por las fuerzas políticas mejor situadas ante la nueva coyuntura: falangistas, tradicionalistas y los hombres de Acción Española. De hecho, el mínimo aparato técnico-administrativo de que se dotó la Junta de Defensa estaba formado casi exclusivamente por militares, sin que el elemento civil tuviera presencia relevante alguna.

La situación cambió cuando el desarrollo del conflicto bélico, la proximidad inmediata del asalto a Madrid, pareció exigir la unificación del mando militar en torno a una persona. Es lo que acordó la Junta de Defensa en dos reuniones sucesivas, celebradas los días 21 y 28 de septiembre, al designar a Franco como generalísimo y, sucesivamente, «Jefe del Gobierno del Estado Español» y «Jefe del Estado español». Franco era el general más prestigioso, el que estaba al mando de las fuerzas más decisivas y el que había protagonizado las negociaciones para obtener la necesaria ayuda de las potencias fascistas. Sin embargo, no fue ajeno a su propio nombramiento. Tra-

bajó eficazmente en esa dirección junto con sus más fervientes seguidores y el apoyo, también muy efectivo, de los generales más próximos a los monárquicos alfonsinos que veían en él al más proclive a su causa ¹⁴.

Se había dado un paso decisivo al situar lo que iba a ser la clave del arco de la política nacionalista y del régimen que se empezaba a construir. Pero también era la primera manifestación, y no sería la última, de la forma en que factores políticos y militares se concatenaban para determinar una evolución política decisiva: la inminencia del asalto a Madrid había conducido a poner la base fundamental de lo que sería la dictadura franquista.

Pero el único giro político, por decisivo que fuese, no lo constituyó el nombramiento de Franco como generalísimo y jefe del Estado, cargos que, como temieron los críticos, ya no abandonarían nunca. No lo fue, primero, porque nadie pensaba que tales nombramientos eran para «siempre» y los compañeros de armas que lo habían designado seguirían considerándolo durante bastante tiempo como un *primus inter pares*. Y no lo fue, tampoco, porque la operación conllevaba la formación de una especie de proto-gobierno que indicaba una clara reorientación política. En efecto, en la Junta Técnica que Franco constituyó inmediatamente destacaba la notable presencia del elemento civil y, dentro de éste, de hombres próximos a los monárquicos de Acción Española. Algunos de los puestos cruciales de la Junta seguían ocupados por los militares, pero en las cruciales comisiones de ámbito económico, las relativas a Justicia o a cultura y educación, la presencia más relevante era la de los monárquicos alfonsinos y los tradicionalistas próximos a ellos. Significativamente, la muy escasa presencia falangista estaba constituida en su mayoría por neofalangistas de origen católico y falangistas proclives al mundo monárquico. En cierto modo, el mini-gobierno de hecho de que Franco se rodeó en su Cuartel General seguía las mismas líneas: militares de probadísima fidelidad personal o civiles próximos a los alfonsinos ¹⁵.

Por mucho que el proto-gobierno de la Junta Técnica y el mini-gobierno más decisivo del Cuartel General estuvieran lejos de constituir un gobierno digno de tal nombre y que lo que se fuera configurando fuese más un «Estado campamental» que una efectiva

¹⁴ PRESTON, P.: *Franco. «Caudillo de España»*, Barcelona, Grijalbo, 1994, pp. 227 Yss.

¹⁵ Cfr. ORELLA, J. L.: *La formación del Estado nacional*, op. cit., pp. 83 Yss.

administración, lo cierto es que se había producido una primera clarificación acerca del peso que iban adquiriendo los distintos sectores y también de lo que serían las nuevas líneas de fractura. Con Franco quedaba firmemente establecida lo que iba a ser la cúpula del sistema. Pero era todavía la jefatura militar de un general. En sus apoyos civiles el peso privilegiado correspondía a gentes próximas a Acción Española, dispuestas a defender precisamente esas características técnicas, por encima de las políticas, de la nueva administración. Y ello porque ése era, precisamente, su ideario político: gobierno técnico, apoyo en el ejército, protagonismo creciente de la Iglesia y poca política. Pero éste era sólo un aspecto de la situación. El otro venía constituido por la efectiva política que conllevaba una guerra política y la presencia de organizaciones de masas. Una de ellas, la menos extendida geográficamente, parecía gobernar de hecho en una provincia, Navarra. La otra, FE de las JONS, se configuraba cada vez más como la organización de masas por antonomasia y no hacía secreto de su voluntad de conquistar todo el poder. La situación era, en suma, inestable con una fragmentación indudable del poder. Por otra parte, asomaba algo que podía asemejarse a la existencia de un doble poder o, al menos, de una falta de articulación entre la acción de gobierno y la política de masas propia de una guerra crecientemente de masas. A ninguna otra dinámica respondería el intrincado y conflictivo problema de la unificación de las fuerzas políticas.

Hacia la unificación política

El encumbramiento de Franco empezó a clarificar algunos de los problemas. Especialmente cuando demostró con toda la energía necesaria que no iba a tolerar el más leve desafío a su recién estrenado poder y, menos aún, la mínima manifestación de autonomía de una organización política en el plano militar. Esto es lo que sucedió con el conocido episodio del intento de Fal Conde de crear una Real Academia Militar de Requetés. La fulminante respuesta de Franco imponiendo el exilio del secretario general de la Comunión puso de manifiesto algo que iba a ser una constante en el devenir político de la zona nacionalista: la utilización de los movimientos de sus rivales, reales o potenciales, para clarificar posiciones y reforzar su

propio poder. En este caso, Franco consiguió de un solo plumazo debilitar al sector oficial de la Comunión, tanto como fortalecer indirectamente al sector colaboracionista y posibilista liderado por el conde de Rodezno ¹⁶. Más aún, con el subsiguiente decreto de militarización de las milicias del 20 de diciembre y su absoluta subordinación al poder militar se conseguía no sólo la completa desaparición de cualquier elemento paramilitar autónomo, sino también algo no menos importante que pasó un tanto desapercibido por entonces: la Falange, que no había hecho ningún movimiento significativo comparable al de Fal Conde, se encontró con sus propias milicias militarizadas y subordinadas. Una de las bases fundamentales de la autonomía de toda organización fascista había quedado así, súbita y casi imperceptiblemente y sin reacción alguna, neutralizada. Casi sin enterarse, la Falange había perdido la primera batalla del aún no iniciado conflicto de la unificación ¹⁷.

Como era previsible, la cuestión de la unificación de las fuerzas políticas había empezado a flotar en el ambiente tan pronto se percibió que todo no iba a quedar reducido a un simple golpe de Estado o a una inmediata victoria militar. Todos estos sectores políticos convenían en su antiliberalismo y antiparlamentarismo; para muchos de los militares era congenial la idea de una amplia unión de las fuerzas políticas en algo parecido a lo que había sido la Unión Patriótica en la dictadura de Primo de Rivera. Sin embargo, aunque todos deseaban la unificación, no todos querían lo mismo. Una vez más, casi todas las fuerzas políticas y sectores sociales conservadores apostaban por una unión básicamente derechista, de contornos amplios, no excesivamente politizada y, por supuesto, dependiente del poder central. Esto valía tanto para los antiguos cedistas que habían perdido todo su capital político, como para los monárquicos carentes de base de masas pero con la ya apuntada extraordinaria capacidad de influencia entre todas las elites conservadoras, y para los carlistas, cuyo esencial resabio antiliberal llegaba a la idea misma de partido y, más aún, de partido único. La disolución de todas las fuerzas políticas y su unificación en una sola con los contornos señalados era la común aspiración, pues, de todos estos sectores. No es de extrañar por tanto que procedieran de ellos los primeros pronunciamientos en

¹⁶ TUSELL, J.: *Franco en la guerra civil, op. cit.*, pp. 70-76, Y VILLANUEVA, A.: *El carlismo navarro, op. cit.*, p. 28.

¹⁷ Cfr. RÍDRUEJO, D.: *Escrito en España*, Buenos Aires, Losada, 1962, pp. 79-80.

dicha dirección: desde Gil Robles, que así se lo hizo saber a Franco, al líder de Renovación Española, Antonio Goicoechea, que se pronunció igualmente por la creación de un «Frente Patriótico»¹⁸.

La nota discordante en este anhelo generalizado era la Falange. No tanto porque no desease la unificación cuanto por entender, dentro de la más pura lógica fascista y totalitaria, que era a ella a la que le correspondía todo el poder, por lo que las demás fuerzas no tendrían sino que disolverse. Naturalmente, ésta era la aspiración máxima y de la que no hacían ningún secreto¹⁹. Pero también los falangistas eran conscientes, en primer lugar, de que nada se podía hacer precisamente sin Franco y el ejército y, en segundo lugar, que no era posible prescindir de la otra gran fuerza de masas, los tradicionalistas. Dado que de esta última circunstancia eran conscientes todos los actores del juego político, pronto llegaron a la conclusión de que la unificación debía pasar necesariamente, además de por el beneplácito de Franco, por las dos fuerzas emergentes. Que en este contexto, la mayoría de los sectores conservadores decidieran acercarse al polo tradicionalista estaba en la naturaleza de las cosas. La incorporación de los sindicatos católicos (CESO) a la tradicionalista Obra Sindical Corporativa o la del minúsculo y ultra-reaccionario Partido Nacionalista Español a la Comunción Tradicionalista, constituyen buenas muestras de ello.

Definidas las cosas en estos términos, parecía claro que la iniciativa podía venir tanto por arriba, a través de una iniciativa del propio Franco, como por abajo, a partir de falangistas o tradicionalistas. Algo de lo primero hubo, según algunas fuentes, en el encargo al ultranacionalista y por entonces delegado nacional de Prensa y Propaganda, Vicente Gay, de la elaboración del borrador de un proyecto de unificación. En lo que tenía de significativa, por la proximidad del personaje a Acción Española, la opción resultaba inadecuada, en buena parte por ello mismo. Vicente Gay se enfrentó a los falangistas al prohibir la emisión de un antiguo discurso antiderechista de José Antonio y los incidentes que siguieron, detención de algunos falangistas incluida, no parecían las mejores credenciales para conceder el más mínimo protagonismo a un Gay que entre tanto parecía

¹⁸ TUSELL, J.: *Franco en la guerra civil*, op. cit., pp. 103.

¹⁹ THOMAS, J. M.: *Lo que fue la Falange*, op. cit., pp. 131-134

haber concebido el no muy feliz término de social-nacionalismo para el nuevo partido ²⁰.

En lo que respecta a lo segundo, los falangistas llegaron a concebir la peregrina idea de demandar simplemente todo el poder a Franco ²¹. Condenada al fracaso como estaba semejante pretensión, pronto se pudo percibir que la única forma de evitar una unificación forzada y desde arriba era a través de una negociación por abajo entre tradicionalistas y falangistas. A ella se procedió en dos momentos, con los resultados previsibles. En el primero de ellos, en Lisboa hacia el 16 de febrero de 1937, los falangistas preconizaron una absorción de hecho de los tradicionalistas, mientras que éstos defendieron una unión que suponía imponer en la práctica todos sus principios. El único acuerdo a que fueron capaces de llegar fue al negativo y bastante ficticio de que no aceptarían ningún gobierno del que no fueran protagonistas, ni ninguna unificación con la intervención de terceros. Una semana más tarde las negociaciones retomadas en Salamanca avanzarían algo más sobre la base del reconocimiento falangista de la doctrina tradicionalista, monarquía católica y tradicional incluida, a cambio de la incorporación tradicionalista a la Falange. Una solución que no podía ser del agrado, sin embargo, de la mayoría de los falangistas (por la renuncia a sus principios), de los carlistas (por lo que seguía teniendo de absorción), ni de Franco (relegado en el mejor de los casos a la condición de regente) ²².

Tal era posiblemente el máximo nivel de acuerdo al que se podía llegar en una negociación «por abajo». Pero el efecto más importante de estas conversaciones fue probablemente el involuntario de decidir a Franco a actuar frente a lo que podía percibir como una amenaza. Casualidad o no, por otra parte, fue por esas fechas cuando Mussolini envió al jerarca fascista Farinacci a España al objeto de asesorar a Franco sobre cuestiones relacionadas con partidos y sindicatos. Se trató de una visita crucial, tanto por sí misma cuanto porque la documentación que generó permite apreciar con meridiana claridad cuáles eran los objetivos del Cuartel General y las líneas fundamentales del proyecto político que empezaba a delinearse ²³. Farinacci, en efec-

²⁰ GARCÍA VENERO, M.: *Falange en la guerra de España: la Unificación y Hedilla*, París, Ruedo Ibérico, 1967, pp. 317-320; RIDRUEJO, D.: *Casi unas memorias*, Barcelona, Planeta, 1976, p. 87, YTUSELL, J.: *Franco en la guerra civil*, op. cit., p. 100.

²¹ THOMAS, J. M.: *Lo que fue la Falange*, op. cit., p. 134.

²² *Ibidem*, pp. 140-169.

²³ SAZ CAMPOS, I.: «Salamanca, 1937: los fundamentos de un régimen», *Revista de Extremadura*, núm. 21, 1996, pp. 81-107.

to, incidió en sus consejos en la urgencia de preparar un programa social del gobierno, en constituir ese gobierno inmediatamente después de la toma de Madrid, así como en la necesidad de proceder a la formación de un Partido Nacional Español claramente orientado hacia las clases trabajadoras. Asimismo convenía con sus interlocutores en la pertinencia de contar con falangistas y tradicionalistas; si bien no ocultaba su desagrado hacia lo que había de reaccionario y retrógrado entre los segundos o las dudas que le inspiraban la capacidad de los dirigentes falangistas. Por supuesto, dejaba muy claro que el apoyo italiano se dirigía por completo a Franco, incluso eventualmente en contra de la propia Falange. En su escrito final a Nicolás Franco, Farinacci reiteró algunas de las líneas señaladas y apuntó algunas de las bases de un futuro programa: reforma agraria, jornada de ocho horas, Sindicatos Nacionales, Magistratura de Trabajo, *Dopolavara*, Milicia Nacional!... El nuevo Estado habría de ser *totalitario* y *autoritario*, y debería tener en cuenta los problemas regionales para evitar que el separatismo tuviera razón de ser en el futuro.

Más importante aún que constatar las líneas básicas de los consejos de la Italia fascista, es conocer el tenor de lo que fue la respuesta de los interlocutores españoles, probablemente redactada por Nicolás Franco, aunque por supuesto en estrecha relación con su hermano²⁴. Sobre todo, porque en dicha respuesta se encuentra lo más parecido a un análisis global de la evolución de la situación política y lo más parecido a un proyecto político que sería a grandes rasgos el que se impondría. Destaca especialmente en el escrito su fuerte carga antifalangista, hasta el punto de contraponer negativamente la contribución militar de los falangistas a la de los tradicionalistas o monárquicos alfonsinos. Incluso se afirmaba que lo más relevante de la actuación falangista se había dado en la retaguardia, con su participación en las operaciones de limpieza y control de la población; lo que era tanto como decir a los italianos que aquella represión de que tanto se quejaban era debida en gran parte a sus correligionarios²⁵.

²⁴ «Resumen de las conversaciones sobre la situación política de España», documento, sin fecha ni firma, del que existen dos ejemplares, uno en castellano y otro italiano, ambos en Archivio Storico del Ministero degli Affari Esteri, Spagna, Fondo di Guerra, bb. 4 Y 10. Todo parece indicar que se trata del resumen de las opiniones del generalísimo sobre las perspectivas inmediatas de la política española que Farinacci había pedido a Nicolás Franco en un escrito del 10 de marzo.

²⁵ Para las quejas italianas por los excesos de la represión franquista, véase

De especial trascendencia era el énfasis con que el documento enunciaba la existencia de *tres* y no sólo dos «grandes masas nacionales». Estas últimas eran, claro está, la falangista y la tradicionalista. Pero no menos importante sería una tercera no integrada en las anteriores y cuya absoluta fidelidad a Franco se daba por supuesta. Ni siquiera habría que sobrevalorar, se deda, la importancia de las milicias falangistas o tradicionalistas. Su crecimiento era, en parte, natural, por la simpatía y admiración que despertaban, pero sobre todo artificial: la milicia siempre era más cómoda desde el punto de vista de la disciplina que el ejército; la incorporación a ellas había sido favorecida por este último; muchos antiguos rojos se habían incorporado a ellas en busca de protección, otros por oportunismo y otros, en fin, con el firme propósito de crear problemas.

Si el diagnóstico era demoledor para los falangistas y en cierto modo también para los tradicionalistas, el programa que enunciaba iba en la misma línea conservadora. Se trataba de proceder a la constitución de un gobierno y a la formación, al mismo tiempo, de un «Gran Partido de Estado». El primero, más técnico que político, tendría como principales características su «capacidad, autoridad y orientación acorde con las aspiraciones del Movimiento Nacional». «Jerarquizado y autoritario», promovería una estructura corporativa, «para hacer llegar a través del Municipio, Familia, Asociación y Corporaciones la participación de todos en la gobernación del Estado». En lo que respecta al segundo, el documento abogaba abiertamente por la formación de un partido de las características de Falange Española y aun con su doctrina («sus 26 puntos») y su lema «España, una, grande y libre». Pero esto no quería decir que ese partido fuese a ser la Falange existente. Se podría constituir a partir de ésta, «si ella facilita esta tarea con su incorporación total al Estado», o se podría prescindir de ella en caso contrario, para recoger «a todos los españoles que se muevan por un ideario y sigan un programa, con preferencia a todo prejuicio de organización». Era de alguna forma la referencia a aquella masa *neutra* y franquista, al tiempo que mostraba una clara desconfianza hacia los mandos falangistas, «deficientes y sin claridad», tanto como a los intransigentes tradicionalistas encastillados en una cuestión monárquica, «incompatible

COVERDALE, J. F.: *La interoención fascista en la guerra civil española*, Madrid, Alianza, 1979, pp. 182-183, Y SAZ, I., y TUSELL, J. (eds.): *Fascistas en España*, Madrid, CSIC, 1981, pp. 39, 154, 158 Y 164-165.

con la ingente obra que el país necesita, para la cual es indispensable la fortaleza y absoluta unidad de Mando, que no puede estar mediada por cambios de sistema anunciados con o sin plazo fijo». El nuevo partido, en fin, nacería por completo subordinado al gobierno del Estado:

«(...) formar el gran partido de Estado, que le sirva de masa de opinión organizada, que forme la base de su apoyo y difusión de su política, recibiendo de él las aspiraciones e ideales nacionales, que completen en contacto constante con los gobernados, las orientaciones que en materia social, económica, cultural o de política interior ha de imprimir aquel gobierno al Estado».

Se trataba de todo un programa que parecía responder en lo fundamental al proyecto de los sectores más conservadores y, especialmente, al de Acción Española: un gobierno más técnico que político concebido como el eje de la vida política nacional, con un partido que podía remitirse a la doctrina de Falange pero de perfiles claramente diluidos, que aparecía, además, como base de apoyo, complemento y transmisor de cuanto el gobierno pudiera decidir en todo momento. Incluso el aplazamiento de la cuestión monárquica parecía acorde con el posibilismo franquista del que por entonces hacía gala este sector monárquico ²⁶.

La unificación: vencedores y vencidos

Había un programa claro hacia la unificación con el objeto de subordinar al partido fascista y también al tradicionalista. Había una apuesta clara por llevar el proceso desde arriba y, desde luego, no se ocultaba el disgusto por las iniciativas negociadoras llevadas a cabo «desde abajo» ²⁷. Pero no estaba claro ni el cómo ni el cuándo.

²⁶ Como escribía José PEMARTIN en marzo de 1937: «Después de la victoria (...) nuestro ilustre Caudillo Franco, como representante y cabeza de este Ejército invicto, que ha sido el principal autor de la salvación de España (...) a nuestro modesto entender, deberá continuar su patriótico sacrificio, empuñando firme el timón del Poder todo el tiempo que fuera necesario» («España como pensamiento», *Acción Española*, núm. 89, marzo de 1937, pp. 365-407, especialmente p. 405).

²⁷ «Las dos organizaciones, Falange y Requetés, han hecho al margen del Estado gestiones de aproximación y hasta proyectos de fusión, con todas las características de los más viejos pactos políticos, sin mirar al resto del País, ni a las conveniencias

Ni siquiera debe ignorarse que, descartando a los intransigentes de las dos grandes formaciones, había una clara disposición a que el proceso fuese llevado a cabo desde arriba, sí, pero a través de la negociación.

Todo esto es lo que se desprende de las conversaciones que los hermanos Franco mantuvieron con los distintos interlocutores. En las últimas semanas de marzo estos parecían satisfechos con la colaboración que iban encontrando entre los *falangista antichi* y *tradizionalisti sani*²⁸. Lo suficiente como para iniciar la puesta en marcha en firme del proyecto. Hacia el 12 de abril Franco informó a los carlistas de su propósito de promulgar en breve plazo el decreto de unificación²⁹. Al embajador alemán, Van Faupel, le habló de un programa de reforma a desarrollar en el próximo futuro y de su intención de fusionar a los dos grandes partidos en uno solo presidido por él y dirigido por una junta en la que habrían cuatro falangistas y dos monárquicos³⁰. Al jefe de la oficina de prensa italiana le informó Nicolás Franco de la próxima constitución de un gobierno «fascista o fascistoide», del que formarían parte Mola y Queipo de Llano, y de la subsiguiente unificación por decreto de los dos partidos en un «partido de Estado» que se llamaría Falange³¹.

De modo que parecía claro que se iba a proceder a la unificación de las fuerzas políticas y la constitución de un gobierno pero no tanto el orden ni los tiempos. En cierto modo, una vez más, fue el conocimiento de la voluntad de actuar del Cuartel General lo que provocó los movimientos de tradicionalistas y, especialmente, falangistas, que iban a precipitar la situación y resolver las incógnitas. Relativamente diáfanas aparecían las cosas en el campo tradicionalista después de las distintas pruebas de fuerza que se habían dado en su seno³². Pero no tanto entre los falangistas. Parece claro, por una

de la Patria, y por discrepancias en apreciar, principalmente, el aspecto y el momento monárquico, no llegaron a un acuerdo, no obstante haber desdibujado ambas sus perfiles para conseguir esa unión» («Resumen de las conversaciones sobre la situación política de España», documento citado).

²⁸ Nicolás Franco a Farinacci, 19 de marzo de 1937, ASMAE, Spagna, Fondo di Guerra, b. 4.

²⁹ VILLANUEVA, A.: *El carlismo navarro, op. cit.*, pp. 37-38.

³⁰ Faupel, 14 de abril de 1937, Documents on German Foreign Policy, série D, vol. ID, n. 243.

³¹ Danzi, TE 332/16, ASMAE, Spagna, Fondo di Guerra, b. 38.

³² VILLANUEVA, A.: *El carlismo navarro, op. cit.*, pp. 25-42.

parte, que el Cuartel General contaba con la fidelidad de un grupo de falangistas, más o menos viejos, pero alejados de la cadena de mando de la Falange. Se trata de Ladislao López Bassa, Joaquín Miranda, Ernesto Giménez Caballero o Pedro González Bueno. Pero la organización estricta de la Falange estaba dividida. De una parte, estaban Hedilla y sus seguidores; de otra, los llamados «legitimistas», aglutinados en torno a Pilar Primo de Rivera. Unos y otros desconfiaban de las intenciones del generalísimo y de su interés en apropiarse de la Falange. Pero también desconfiaban entre sí. Sospechaban los segundos de un eventual colaboracionismo de Hedilla que pudiera conducir a la entrega de la Falange a cambio de la consolidación de su propio mando. Y sobre estas bases se desencadenaron los conocidos enfrentamientos de Salamanca³³.

El proceso es suficientemente conocido. El 15 de abril Hedilla convocó para diez días más tarde el Consejo Nacional de FE de las JONS con el evidente propósito de forzar su elección como jefe nacional del partido con anterioridad a la inminente unificación. Esto provocó la reacción de sus rivales, Sancho Dávila, Agustín Aznar, Moreno y Rafael Garcerán, quienes se presentaron ante aquél para comunicarle su destitución y la constitución de un triunvirato que se haría cargo de la dirección del partido con el último de ellos como secretario general. Paradójicamente, los dos bandos enfrentados corrieron a buscar el apoyo de aquel de quien decían quererse proteger, del generalísimo. Pero sólo Hedilla lo obtuvo. Con este apoyo pudo movilizar militarmente a sus fieles e intentar la detención de Sancho Dávila. Fue en ese intento cuando se produjo la conocida escaramuza en la que resultaría muerto uno de los hombres de Hedilla, Gaya, y mortalmente herido uno de sus adversarios, Peral. El ejército mientras tanto completó la operación de neutralizar a los enemigos de Hedilla. Y al día siguiente, el 18, en un precipitado Consejo Nacional de FE de las JONS, Hedilla consiguió su elección como jefe nacional. Justo a tiempo de comunicárselo a Franco -quien se felicitó de ello- para a renglón seguido acompañarle en el anuncio del decreto de unificación.

³³ La literatura al respecto es tan abundante como confusa. Las reconstrucciones más recientes y claras son las de PRESTAN, P.: *Franco, op. cit.*, pp. 324-346; TUSELL, J.: *Franco en la guerra civil, op. cit.*, pp. 125-137, Y RODRÍGUEZ, J. L.: *Historia de Falange Española de las JONS, op. cit.*, pp. 291-306; aunque la más clarificadora y completa es seguramente la de THOMAS, J. M.: *Lo que fue la Falange, op. cit.*, pp. 140 Yss. También SAZ, I.: «Salamanca, 1937», arto cit.

En apenas unos días el juego de los distintos actores había precipitado los acontecimientos en el sentido que interesaba a un Cuartel General de Franco que, sin embargo, no había tenido claro hasta el último momento el cuándo y el cómo de la operación³⁴. Dos cosas parecían emerger, en cualquier caso, con cierta claridad de la nueva situación. Por una parte, Hedilla se había constituido en el interlocutor ya indiscutido de Falange con Franco. Por otra, el protagonismo en el proceso de elaboración del decreto, tanto como del discurso «de la Unificación» con que éste fue anunciado, había correspondido por entero al Cuartel General y a los hombres próximos a él. A dos en particular: el viejo falangista pero marginal en el partido, Giménez Caballero, autor del discurso³⁵, y el recién llegado de la zona republicana, cuñado de Franco y antiguo cedista fascistizado, Serrano Suñer, autor del texto del decreto³⁶. Con la colaboración también de Martínez Fuset, hombre de confianza de Franco³⁷ e incluso del jefe de la oficina de prensa italiana en España³⁸. Hasta Giménez Caballero se arrogó ante Mussolini el papel decisivo en la realización de una tarea supuestamente encomendada por éste³⁹.

Tanto el discurso como el decreto revelaban la orientación claramente conservadora de la operación. El primero tenía mucho de pretendida unificación, también ideológica, en la que primaba el enfoque nacional-católico próximo a Acción Española o a un Giménez Caballero cuya involución conservadora era largamente conocida.

El decreto, que establecía la integración en una sola entidad de Falange y Requetés, bajo la jefatura de Franco y con el nombre provisional de Falange Española Tradicionalista de las JüNS, seguía la misma línea. Se hablaba en él de Estado totalitario, lo que gustaría

³⁴ La idea de los enfrentamientos como desencadenante inmediato de la unificación fue subrayada en tono de lamento por uno de sus protagonistas, Agustín Aznar -fuORUEJO, D.: *Casi unas memorias*, op. cit., pp. 92-93-, y, de forma más rotunda, por Serrano Suñer: «(Franco) no se decidió a dar el paso de la unificación que laboriosamente iba gestando sino en virtud de los sucesos que se produjeron en Salamanca en los primeros días de abril» (SERRANO SUÑER, R.: *Entre Hendaya y Gibraltar*, op. cit., p. 57).

³⁵ SELVA, E.: *Ernesto Giménez Caballero. Entre la vanguardia y el fascismo*, Valencia, Pre-textos, 2000, pp. 294-298.

³⁶ SERRANO SUÑER, R.: *Entre Hendaya y Gibraltar*, op. cit., p. 57.

³⁷ VEGAS LATAPIE, E.: *Los caminos del desengaño. Memorias políticas (JI)*, 1936-1938, Madrid, Tebas, 1987, p. 203

³⁸ Danzi, 18 de abril de 1937, ASMAE, Spagna, Fondo di Guerra, b. 38.

³⁹ SAZ, I.: *Mussolini contra la Segunda República*, Valencia, IVEI, 1986, p. 223.

a los falangistas, pero se omitía cuidadosamente el término partido, al que se prefería el de «nueva entidad política», lo que seguramente sería del agrado de todos los demás. En el mismo sentido, la caracterización de la nueva «entidad» como una organización intermedia entre la sociedad y el Estado, que debía llevar al segundo el *aliento* del pueblo y a éste el *pensamiento* del Estado, confirmaba, sin más, la supremacía política e ideológica del Estado sobre el partido.

Lo que realmente puso de manifiesto el verdadero alcance del proceso fue la publicación, el día 22 de abril, de la composición de la Junta de Mando de la «nueva entidad». Formaban parte de ella cuatro tradicionalistas, todos ellos de la línea colaboracionista liderada por el conde de Rodezno, y seis falangistas (Hedilla, Gazapo Valdés, Miranda, López Bassa, González Bueno y Giménez Caballero). Todos, con la excepción de Hedilla, próximos al Cuartel General y más fieles a éste que a la organización de que procedían. Fue esta composición la que permitiría hablar en lo sucesivo de «golpe de Estado a la inversa», de unificación por decreto, desde arriba y desde fuera ⁴⁰. La situación se había tornado dramática para Hedilla en particular: si aceptaba, parecía dar pábulo a la idea de que había pactado con Franco la «entrega» de la Falange; además, la mayoría de los falangistas, los legitimistas y los hedillistas, le presionó hasta donde fue posible para que no aceptase el cargo que Franco le ofrecía. Pero si no aceptaba, contribuía a desenmascarar el verdadero alcance de la operación y la deslegitimaba ante las bases de Falange. Esto último es lo que hizo finalmente a pesar de las presiones que le llovieron de la parte contraria y lo que acabó pagando con las dos penas de muerte, luego conmutadas, que cayeron sobre él.

Desde cierto punto de vista, pues, puede decirse que la operación se había saldado con un rotundo éxito del Cuartel General. Pero esto era tanto como decir que el triunfo de los hombres de Acción Española y los a ellos próximos era también completo. Ideológicamente el nuevo partido, aun reconocido el valor doctrinal de los 26 puntos falangistas, se presentaba como una continuación de la tradición, de la del siglo XVI y de la tradicionalista del siglo XIX, en la que lo falangista parecía reducirse a la técnica, la novedad, la propaganda, etc. Políticamente, era el gobierno y no el partido el eje central de la vida política. Ni siquiera el partido era definido

⁴⁰ RDRUEJO, D.: *Escrito en España, op. cit.*, p. 76.

como tal. La mayoría de los fascistas más radicales, legitimistas o hedillistas que fueran, había quedado políticamente neutralizada. El hecho de que algunos de estos últimos fueran a buscar la intermediación de hombres de Acción Española para lograr el perdón del generalísimo, permite identificar con bastante claridad a vencedores y vencidos⁴¹. La sorprendente invitación a incorporarse «al Movimiento (*sic*) de Falange Española Tradicionalista y de las Jons (*sic*)», a una sociedad cultural y no una fuerza política, cual era Acción Española, y que se tratase además de la única invitación cursada a entidad alguna es perfectamente reveladora al respecto⁴².

La recomposición del compromiso autoritario

El triunfo era, por así decirlo, demasiado completo. Es cierto que la noticia de la unificación fue acogida con entusiasmo por las bases carlistas, pero no lo es menos que un sector fundamental del tradicionalismo, empezando por el regente y siguiendo por Fal Conde, se mantuvo hostil a la unificación⁴³. Sobre todo, la operación había quedado en entredicho ante los militantes de la organización, Falange, que había de constituir la base del partido unificado. Por esta razón, puede decirse que la resistencia de Hedilla no fue vana. Para que la operación fuera efectiva había que recomponer de algún modo los puentes entre la vieja Falange y la nueva organización. Nada podía pasar ya por Hedilla, quien con su desafección hacia Franco había quedado definitivamente neutralizado. Pero, de algún modo, él había pagado por todos. Es seguro que un protagonismo decisivo en la nueva operación correspondió a la estrella emergente de Serrano Suñer; como lo es que en buena parte a través de éste se pudo conseguir que casi todos los «legitimistas», y pronto la mayoría de los falangistas en general, entraran en una línea de abierta colaboración y no muy gloriosa aceptación de cuantos cargos se les ofrecieron.

No todo era cesión, sin embargo, por parte falangista. Había también cierta rectificación por parte de Franco, y un cambio de estrategia falangista. Como explicaba otra estrella emergente que en otro momento daría una versión algo distinta de los hechos, Dionisia

⁴¹ Cfr. VEGAS LATAPIE, E.: *Los caminos del desengaño*, op. cit., pp. 210-211.

⁴² *Ibidem*, pp. 254-258.

⁴³ VILLANUEVA, A.: *El carlismo navarro*, op. cit., pp. 42 Yss.

Ridruejo, la Falange se había «entregado» a Franco a cambio de algo, a cambio de que ambos constituyeran el eje inquebrantable de una revolución popular y fascista⁴⁴. Y, aunque tal idea estuvo lejos de materializarse, algo de ello hubo en el terreno del equilibrio de fuerzas que bien podría definirse como el de una fascistización inestable. El Estado y el gobierno estarían por encima del partido, lo que ya no cambiaría nunca, y Franco, ahora ya jefe militar, del Estado y del partido, era más fuerte que antes. Pero el partido unificado sería el partido fascista, de los fascistas, y esto tardaría en cambiar. La hegemonía de la vieja Falange en FET de las JONS se afirmó de forma aplastante en detrimento de los tradicionalistas. Serrano Suñer se erigió en el gran mediador entre los falangistas y Franco y, por este camino, en el segundo hombre fuerte del régimen⁴⁵. Algunos que tan felices se las prometían en el área de Acción Española, como Vegas Latapie, pudieron comprobar muy pronto que el triunfo de su proyecto no era tan completo como pudo parecer en un momento dado⁴⁶.

La constitución del primer gobierno de Franco el 30 de enero de 1938 supuso una ulterior clarificación acerca de lo que iba a ser una de las constantes del régimen. Eje de la vida política y escenario del compromiso autoritario, sería un gobierno de coalición en el que todas las sensibilidades estaban representadas. Por supuesto, era Franco quien decidía *quién* era el representante de cada sensibilidad. Pero, por así decirlo, cada una de ellas obtenía lo que quería, aquellas áreas que les resultaban más próximas y caras. De este modo, los ministerios militares y de orden público serían para los militares; educación y justicia para los católicos –de Acción Española y tradicionalistas, en este caso–; los económicos para técnicos, militares, monárquicos e incluso falangistas, pero siempre bien relacionados con los poderes económicos, y los ministerios *sociales*, en fin, además de el propio partido, para los falangistas.

El marco estaba, pues, bien definido, aunque era todavía inestable. El indudable carácter fascista del partido unificado le hacía concebir todavía la idea de impulsar un desarrollo decisivo del régimen en esta dirección, mientras que los aliados conservadores que encon-

⁴⁴ RIDRUEJO, D.: «La Falange y su Caudillo», FE. *Doctrina del Estado nacionalsindicalista*, núm. 4-5, marzo-abril de 1938, pp. 35-38.

⁴⁵ THOMÁS, J. M.: *Lo que fue la Falange*, op. cit., pp. 228 Yss.

⁴⁶ VEGAS LATAPIE, E.: *Los caminos del desengaño*, op. cit., pp. 441 Yss.

traban su principal elemento de fuerza en el gobierno harían cuanto pudieran por frenar tales aspiraciones. Fue en este marco, pero siempre dentro de él, en el que cabe situar el proceso de fascistización a que se abandonó el régimen en los meses sucesivos ⁴⁷.

Así, el Fuero del Trabajo tuvo una fuerte inspiración en la Carta del Lavara fascista. Con la creación del Consejo Nacional del Movimiento y, especialmente, la Junta Política del mismo pareció configurarse un órgano rector e inspirador de la vida política nacional; los proyectos sindicales que se delineaban tenían un inequívoco sesgo fascista; a imitación también de los países totalitarios, se crearon los delegados del partido de distrito, sección y calle. El control de prensa, censura y propaganda por los hombres de Serrano, los fascistas radicales Ridruejo, Tovar o Laín, multiplicó el eco de estos logros. El mismo Franco pareció sentirse a gusto en su papel de caudillo fascista comparable a los admirados Mussolini y Hitler.

Nada de esto era irrelevante. Pero los límites del proceso no eran menos perceptibles. El Fuero del Trabajo enunciaba desde su propio nombre todo lo que tenía de síntesis de los principios falangistas y tradicionalistas. Su inspiración italiana venía contrarrestada con la nada irrelevante influencia portuguesa. Era incluso más radical que la Carta del Lavara italiana en sentido fascista, pero lo era también en el sentido del férreo control desde arriba de toda actividad con base obrera. La eventualidad de otorgar a los futuros sindicatos verticales de cualquier posibilidad de control de la vida económica fue fulminantemente abortada. En la práctica, los avances en dirección fascista encontraron las suficientes resistencias como para vaciarlos de contenido. Aunque, eso sí, se tradujeron en una ampliación tendencialmente ilimitada del poder personal de Franco y también, aunque por delegación y en consecuencia sobre bases mucho más frágiles, de su cuñado, Serrano Suñer.

También el poder de Franco conocía aún límites. En lo sustancial, aquellos que revelaban que el compromiso autoritario, perfectamente asentado en sus trazos fundamentales, no había alcanzado aún su estabilidad definitiva. Jefe del Estado, del gobierno, del partido y del ejército, Franco debía hacer todavía las cuentas con todos aquellos sectores de los que extraía su fuerza, pero que seguían siendo relativamente autónomos y cuyas iniciativas no podía en modo alguno

⁴⁷ Véase TUSELL, J.: *Franco en la guerra civil, op. cit.*) pp. 327 Yss.

ignorar. Era el jefe no fascista de un partido fascista que aspiraba a hacer realidad lo que la retórica y la parafernalia parecían prometer. y era el jefe de un ejército cuyas más eminentes figuras lo consideraba aún un *primus inter pares*.

Ésta era a grandes rasgos la situación cuando una guerra, la civil, terminaba y otra, la europea, estaba a punto de iniciarse. Sería al calor de esta última – y de las victorias del Eje – cuando los falangistas lanzaran su última, y fracasada, apuesta por el poder total. Sería a raíz del cambio de signo de la contienda mundial cuando muchos compañeros militares del Caudillo, en posición ya claramente monárquica, se permitieron aconsejarle una prudente retirada. Y fracasaron igualmente. Un proceso tuvo lugar en las crisis de mayo de 1941 y se consolidó en 1942; el otro en 1943. El resultado del primero fue la definitiva subordinación a Franco de un partido que habría de renunciar, incluso, a sus señas de identidad fascistas; el del segundo, el control ya total por Franco del ejército. Una Falange definitivamente franquista y un ejército definitivamente franquista. Éstas serían las bases que permitirían la estabilización del compromiso autoritario, la consolidación de un régimen, su supervivencia en los más difíciles momentos de la posguerra europea y su larga duración. Las bases fundamentales de todo ello se habían puesto durante la guerra civil. Una guerra que se tradujo en la más brutal destrucción de la España liberal y democrática. Y en esto el régimen siempre fue fiel a sí mismo.

